

Arana—y que recibió en la Legación de París los fondos que se le mandaban anticipar, no pensó más que regresar a Chile (1)".

En Febrero de 1850 llega a Valparaíso. Más que nunca ardoroso, entusiasta y convencido en el triunfo del liberalismo que tan de cerca había visto palpitar en Europa, poco y nada se preocupa de dar cuenta sobre los resultados de su comisión y de hacerse cargo de su puesto (1). Sólo desea sembrar vientos de libertad; agitar al pueblo y predicar la revolución contra los reaccionarios.

(1) Don Manuel Bilbao refiere que, después de llegar a Chile su hermano Francisco no aceptó ser redactor de *El Progreso*, "por que vió que se le ponían condiciones: sostener al Gobierno y no hablar de religión. Desechó la oferta—agrega—sin dar la razón de su negativa, a pesar de hallarse sin recursos". En cambio, Barros Arana escribe: "El Gobierno de Chile, impuesta de esa situación, y creyendo que Bilbao podría ser utilizado lo nombró oficial de la Oficina de Estadística de Santiago, por un decreto de 29 de Agosto de 1849, adelantándole un año de sueldo, y autorizándolo para permanecer todavía algún tiempo más en Francia con el objeto de estudiar ese ramo del servicio público". De lo cual se desprende que al llegar a Chile, Bilbao tenía ya su empleo y no carecía de recursos como lo afirma su hermano don Manuel.

V

Páginas escritas durante su estada en Europa

Durante el tiempo que estuvo en Europa, Bilbao dedicó muy escasas horas a sus labores de escritor. Preocupado más en compilar extensas reseñas de los cursos a que asistía, ya fuera en los de Arago sobre astronomía, o ya en los de Dumas, sobre geología y química, y en los de Michelet y Quinet, sobre historia o religión, apenas si le alcanzaban sus horas para repartirlas en visitas o en lecturas; porque Bilbao leía ávidamente cuanto libro despertaba su curiosidad o le recomendaban sus maestros y sus amigos, con preferencia los de filosofía e historia. Más preparado ya para emprender estudios vastos de filosofía cientí-

fica, releyó entonces a Vico, a Herder y a Gibbon. Las obras de metafísica le entusiasmaban. Durante las interminables vigiliass del invierno dedicaba sus momentos de estudio a comentar los textos del Evangelio y a repasar algunos libros de los padres de la Iglesia. Escribía poco, muy poco. Según se induce por lo que refiere en su Diario, se ocupaba entonces en traducir los Evangelios comentados por Lamennais.

Algunos años después de su muerte su hermano don Manuel publicó el escrito *Los Araucanos*, agregándole algunos trozos de su cosecha, obra que dejó en borrador Bilbao esbozada solamente, y compuesta durante su estada en París. Se advierte en este pequeño folleto que ha sido destinado únicamente a publicarse en francés, pues, además de sus muchos galicismos y de traicionar la sintaxis muy de cerca la construcción de la lengua de su maestro, tiene el carácter de una ligera reseña en la cual Bilbao no ha hecho otra cosa que recopilar las opiniones de algunos historiadores y cronistas, comentados por su cuenta, a veces de una manera antojadiza. Sin embargo, a pesar de la absoluta carencia de originalidad, y de ser un escrito de pura vulgarización, resalta en él el extraño mérito de haberle escrito en un lenguaje sencillo, claro, muy diferente de aquella fraseología rimbombante que campeaba en sus producciones anteriores. Entre el bosquejo enmarñado de la producción de Bilbao, *Los Araucanos* es un

caso de sobriedad: es sereno cuando comenta y árido antes que exuberante cuando reflexiona y deduce conclusiones. Y esto se comprende: escrito en París y destinado a ser publicado en francés, Bilbao debió trazarse de antemano un plan riguroso y sencillo, abandonando por cierto ese su estilo abstracto y paradójico que en *Los Boletines del espíritu* exaltó hasta la peor exageración.

Destinado a la propaganda en el extranjero, *Los Araucanos* respondía en parte a los fines laudables del autor. En 1847 no eran muy abundantes las historias y los comentarios de los viajeros sobre el pueblo araucano. Ni en Francia, ni en Alemania, ni en Inglaterra, se conocían los testimonios de los cronistas, ni los capítulos que historiadores y sabios como Molina, Gay o Rosales dedicaron a uno de los pueblos indígenas más vigorosos y valientes de la América Española. Escrito de vulgarización, era pues ese folleto que Bilbao dejó inédito entre su papeles y que acaso más tarde soñaba desarrollar para darle la forma sistemática de un libro de estudio e investigación. Desgraciadamente no realizó tal empresa el joven ideólogo ni la hubiera podido acaso realizar en forma, pues su escasa disciplina científica y el no haber orientado sus estudios jamás en el sentido de especializarse en determinado ramo, se lo hubieran impedido. Esta obra hermosa y transcendental que realizan hoy los Lenz, los Augusta y los Guevara, habría sido para este soñador enamo-

rado de peligrosas quimeras un imposible, tanto más difícil cuanto que vivió siempre, después de sus años de madurez espiritual, lejos de las tierras chilenas, cuyo seno alienta extinguiéndose esa raza legendaria y bravía, en cuyas instituciones primitivas creyó encontrar Bilbao algo de esa fraternidad que locamente predicaba para los hombres.

La primera parte del escrito *Los Araucanos* es destinada a describir la naturaleza del Sur de Chile. Campo vasto y muy de su agrado encontró en este el ideólogo chileno, cuya imaginación se atenía siempre más a los retozos libres del ensueño que no a una disciplina científica de investigación pura. "Los valles se suceden—escribe—se alternan separados por bosques o por líneas de montes perpendiculares a las dos cadenas principales. Las montañas a veces se deslizan en el llano y vuelven en seguida a remontar. Se baja de una altura, se entra en hoyas profundas, colocado en el centro se ve el cielo circunscrito." Luego, más adelante, agrega: "Los montes son sombríos y aterrantes, y oís el ruido misterioso de los bosques seculares. El cielo, puro, cual ninguno, os presenta un tejido de luces. Sobre la línea blanca del oriente veís aparecer a las estrellas y presentarse de repente como si fuesen chispas que brotaran." Esto está sentido más en poeta que como geógrafo o filósofo. Sus estrofas escritas en imágenes vivas: Bilbao admiraba más que siente la naturaleza, con imaginación de

rico de amplios vuelos que tiene la intuición de sus encantos e ignora todas sus realidades. Su lirismo supone más un conocimiento a grandes rasgos que no una visión exacta y precisa.

Pero, he nos aquí al ideólogo que intenta rastrear el origen de las primeras tribus que poblaron el Araucanidomito y exuberante. Como ignora algunas de las muchas conjeturas científicas que han divulgado los historiadores de aquel tiempo, recurre a sus razones metafísico-cristianas y escribe: "Por otra parte, está pendiente la cuestión de saber si la tierra se ha poblado sucesivamente, saliendo todos los humanos de un par de seres como lo dice la letra del Génesis, o si el Creador los ha sembrado en las diversas zonas, como lo ha hecho con los árboles y plantas". Los racionalistas y aquellos partidarios de Bilbao que admiraban en él al más alto exponente del materialismo, se confundirán de seguro al leer esta confesión de espontánea ingenuidad bíblica. No teniendo un seguro punto de apoyo en sus escasos conocimientos científicos, Bilbao se refugiaba, a menudo, en la religiosidad que nunca abandonó su espíritu. Era más cristiano que racionalista y, como jamás llegó a poseer una cultura sólida, razonada e inmóvil, vivió siempre oscilando entre un cristianismo primitivo y un materialismo fatalista. Así, fué de la *Sociabilidad Chilena* a *La Resurrección del Evangelio* y de los *Boletines del Espíritu* a *Santa Rosa de Lima*.

Al analizar los orígenes casi míticos del pueblo araucano escribe: "La única tradición remota que parece unirlos a ciertos hechos que han dejado una impresión imborrable en la memoria de los pueblos, la de un diluvio". Al cortar de un solo tajo Bilbao como un nuevo nudo gordiano, la mitología del pasado indígena con el presente, cometió un grave error. No es esta la única tradición remota, pues los investigadores actuales día a día logran penetrar más adentro en el enmarañado laberinto de la leyenda primitiva de los araucanos. Todo el enorme acervo del folklore araucano, que hasta hace treinta años había sido tan poco explotado, da una medida de la vasta que es la historia heroica de este pueblo singular. Pero, Bilbao sólo se atuvo al testimonio de los cronistas que apenas si consignaron de la cosmogonía araucana la leyenda del diluvio. ¿Acaso no es posible deducir de la mitología de hoy toda la historia primitiva y la evolución lenta de las creencias y sentimientos de ayer? En el fondo de toda esa fantástica repartida en cuentos y narraciones fatalistas, huelga de las explicaciones más curiosas de los fenómenos naturales. Los mitos evolucionan con sus costumbres y a veces dejan traslucir una precivilización secular muy curiosa. "Pasaron los mitos del estado salvaje de la colectividad—advierde Guevara—al de la barbarie, para continuar en el del pleno desarrollo del patriarcado" (1). Es una mezcla extraordinaria

zoo y antropomorfismo bizarro. Luego concluye Bilbao reduciendo todo el pasado araucano a un concepto demasiado aventurado: "Un recuerdo geológico,—dice—y otro histórico, ambos vagos e inciertos, he aquí toda la filiación cronológica que existe". El concepto geológico es el diluvio; el histórico lo define Bilbao así: "A los primeros hombres, de los cuales se creen ellos descender, los llaman *Epatum*, los hermanos".

Establecida ya esta distinción sobre los orígenes araucanos, Bilbao analiza los rasgos psicológicos sobresalientes del araucano, concretándose a repetir lo que antes que él habían escrito Molina, Gay y Rosales. Entra a clasificar a los hombres, y por ende a los pueblos, en tres grupos: aquellos en quienes domina la pasividad y sobre los cuales la naturaleza ejerce un absoluto imperio, en otros que luchan entre la animalidad y la espiritualidad, Ariel y Caliban, "la dualidad de hombre llega al estado de conciencia", dice Bilbao, y los terceros en quienes la fatalidad de la inteligencia domina a la fatalidad de la materia, le asigna a los araucanos como agrupación el segundo puesto. ¿Cuáles son las razones del ideólogo para reducirlos a tal limitación? "El negro peca por el orgullo del espíritu, el araucano por el orgullo de la voluntad".

(1). TOMAS GUEVARA.—*Psicología del pueblo araucano*.

Al reseñar sus costumbres guerreras recordaba simplemente Bilbao: "Usan en la guerra de todos los ardides que sugiere la imaginación del salvaje. Vigilan mucho por la noche, encienden grandes fuegos, aparecen de día en grandes multitudes y de súbito se pierden". Pero, lo que no advirtió Bilbao, y que lo consignan muchos cronistas, es el verdadero estudio e intuición de las artes de la guerra que entre los toquis constituía el mayor ascendiente de superioridad, después del valor. No eran simples ardides de la imaginación sino que inteligencia fuerte al servicio utilísimo de su defensa. Nos bastaría recordar aquellos versos de *La Araucana*:

... pues los últimos indios moradores
del araucano estado así alcanzaron
el orden de la guerra y disciplina
que podemos tomar dellos doctina.

o el testimonio elocuente de las palabras consignadas por el cronista González de Nájera, cuando escribía que: "Porque no dudo que nos despidiéramos de la pretensión de la conquista de aquel reino si en las armas nos fueran iguales aquellos indios" (1), para evidenciar la verdadera habilidad desplegada por los araucanos en sus guerras. Más tarde, investigadores pacientes como Guevara o estudiosos apasionados como el doctor Palacios, han logrado probar minu-

(1) GONZALEZ DE NAJERA, tomo XVI (citado por Palacios).

ciosamente la verdadera superioridad de los araucanos sobre otras tribus de América en tratándose de cosas de la guerra. "El semáforo o el telégrafo, por medio de señales,—escribía el autor de *Raza Chilena*—fué usado por los araucanos tal vez, desde antes de la conquista española; pero durante esta dieron impulso y organización a ese servicio que sería increíble si no quedara de ello plena constancia por los relatos escritos durante los acontecimientos, y por personas entendidas y que presenciaron esos hechos" (1). Menester es recordar también el propio asombro con que Valdivia describía poco después de llegado a Chile, esos escuadrones compactos y organizados que luchaban con sus soldados, como acaso sólo combatían los propios tercios flamencos que él había visto de cerca en las campañas. Todo lo cual viene a probarnos que más que de ardides de la imaginación como creyera antaño Bilbao, se trataba de verdadera pericia guerrera, reflexiva e inteligente como la mejor de las tácticas.

La moral araucana está formada por un triple sentimiento de fatalismo, de barbarie y de superstición. De tales sentimientos derivan toda su religión rudimentaria y todos sus principios. La vida libre de la naturaleza les ha habituado a una educación primitiva que constituye el primer paso dado por el indi-

(1) PALACIOS.—*Raza Chilena*, cap. II.

viduo preparándose para la guerra. Aman el peligro y la exaltación del peligro. Todo en ello es lucha, combate en la vida y en la muerte misma. "El matrimonio—escribe Bilbao—es un rapto; sus juegos son una gimnástica terrible".

Suscintamente Bilbao analiza sus condiciones esenciales psicológicas. Estudia al indio, ponderando sus cualidades y atenuando mucho toda la barbarie que domina en sus costumbres. Después se duele del abandono en que se le recluye. No cree que debe extinguirse la raza araucana. Es preciso regenerarla. Y, como toda regeneración supone un ideal, estima él que tal ideal, debe comenzar por hacerse efectivo a nosotros mismos. "El instinto salvaje—escribe—es rápido y sintético; ellos unifican al sacerdote y al soldado cristiano en la misma reprobación; a las palabras en oposición con las acciones oponían el juicio de la perfidia y envolvían en su odio, hombres, principios, civilización y apariencias". En resumen: Bilbao estima que la barbarie del conquistador es en este caso, el peor enemigo que se opone a la conquista espiritual y material definitiva. Sus conclusiones son vagas, metafísica e inabordables. Una vez más el sueño de la fraternidad alejaba al joven ideólogo de la cuestión misma para remontarse en alas del ensueño.

Tal es el escrito *Los Araucanos*. Hoy es preciso recordarle como esas curiosidades de los museos que indican el paso de una época ya perdida y de un ins-

tante histórico curioso. Nada es nuevo en él. Ni siquiera aporta su autor la novedad de un documento desconocido o de un juicio personal. El mérito que dicha obra hubiera podido tener como observación personal, no lo encontramos. Bilbao conocía a los araucanos más a través de los libros que no de directa impresión personal. La idea que sustenta de ellos a través de todo su escrito, prueba claramente que aceptaba en todas sus partes la historia de esa grandeza admirable de pueblo duro e invencible que, a partir de los versos de don Alonso de Ercilla, todos los historiadores y poetas le han atribuido a los araucanos. Jamás tuvo ocasión de dudar al respecto; creyó sin vacilaciones los testimonios de Molina y Rosales, quienes, a su vez, afirmaban su documentación sobre las páginas de los cronistas, muchos de los cuales llevados por la fantasía adulteraron en más de una ocasión lo que vieron sus ojos incendiados por la curiosidad y las vigiliadas de la guerra.

Tal vez Bilbao, como hace poco el autor de *Raza Chilena*, hubiera dudado firmemente de las observaciones y estudios con que ha reconstituido gran parte de la historia psicológica de los araucanos don Tomás Guevara, a haber leído las páginas de sus libros en los cuales se han vaciado las experimentaciones de una existencia entera vivida en el corazón de la Araucanía misma; porque esos araucanos de la realidad habrían defraudado a los araucanos de sus ensueños.